

las, pues, cuyos personajes son personajes que existieron, que pertenecen a la vida real, y oscilan entre la biografía novelada y la farsa o la parodia total, como en el caso de la novela de Abel Posse, *Daimón*, que constituye una gran parodia de la vida y de la epopeya del mítico Lope de Aguirre, el tirano, y una parodia también del realismo fantástico, tal como fue definido por Carpentier y tal como se puso de moda en Europa. Ante la libertad (que estoy convencido tiene el novelista desde su papel privilegiado, el historiador no goza tanto de ella), me adjudiqué una serie de responsabilidades, yo mismo, nadie me las impuso, para tratar de recontar la historia, reinventarla de una manera distinta a la oficial. No fue un propósito a priori, se fue dando así a medida en que yo iba desarrollando la novela.

*—Juan Rulfo ha sido y es una especie de ángel tutelar de muchos autores en lengua castellana. ¿Usted lo conoció?*

—Yo fui muy amigo de Juan Rulfo Sí, fuimos muy amigos durante muchos años. Conversamos horas y horas en México, luego dejamos de vernos por algunos años. Pero, en fin, él me orientó en mis lecturas de novelas. Parecía un hombre que había leído todo lo escrito en novela. Con él, aparte de haber tenido una relación muy afectuosa, me sucedió algo realmente especial. En *José Trigo*, me propuse hacer un homenaje a Rulfo a través de uno de los capítulos; es decir, elaborar un pastiche rulfiano con palabras y giros que eran característicos de sus personajes y de él mismo. Cuando salió el libro, nadie, absolutamente nadie, dijo: «¡Bueno, qué rulfiano es esto!» Nadie. En cambio, hablaron de la influencia que ejercía Rulfo en mi novela, allí donde yo no la había sospechado. Claro, porque no se trataba de una influencia superficial, sino de una influencia más profunda, sobre todo en lo que se refiere a mi actitud frente a la desesperanza, la desolación, la soledad.

*—Hay quienes todavía se preguntan por qué un autor capaz de crear libros tan bellos como El llano en llamas y Pedro Páramo dejó de escribir o de publicar.*

—Es un misterio por qué Rulfo dejó de escribir. Muchos grandes escritores, no sé cuántos, pero conozco algunos casos, han elegido el silencio o el silencio los ha elegido a ellos. Nicanor Parra hace treinta años que no escribe; Juan José Arreola también dejó de escribir en los últimos treinta años; Rulfo, en los últimos veinte. Yo no he vuelto a la novela en quince años, aunque he escrito muchas otras cosas, pero no tengo interés en la novela ni me aflijo por no tenerlo. Estoy muy tranquilo.

*–Desde la admiración por la obra del escritor jalisciense, Elena Poniatowska me comentó en una entrevista que Rulfo era un hombre que tenía una actitud de desconfianza y de rencor. ¿Por qué?*

–Rulfo era un hombre que podía ser muy dulce, muy tierno; pero sí, no cabe duda de que era un hombre triste, básicamente triste y desesperanzado. Yo no sé la razón. En realidad, nunca me puse a escarbar en esos aspectos, porque nuestra amistad era lo suficientemente cálida como para ponerme a indagar en estas cosas. Preferí respetar su intimidad. Él era un hombre que tuvo problemas con el alcohol y eso, claro, le causó grandes depresiones toda la vida. Y, por otra parte (ésta es mi opinión), él parece que ha sido uno de los grandes escritores menos cerebrales del mundo y más intuitivos, y, por eso, quizás el éxito lo abrumó, lo abrumó un poco (le repito, ésta es una opinión, una hipótesis, nada más) y le dio miedo dejarse influir por Rulfo, volverse demasiado rulfiano.

*–Además de Rulfo, ¿quiénes son los autores que han dejado una marca importante en su obra?*

–Están aquellas influencias que yo me adjudico y están las que me han adjudicado otros, y quizá tengan razón, no lo sé. Desde Shakespeare a Flaubert, desde Joyce a Thomas Wolfe. Cuando hablo de influencias, siempre me dicen: «¿Y los escritores españoles, qué?» Yo les respondo: «Ésas no son mis influencias, ésos son mis abuelos». Es decir, no es algo que he recibido de afuera, es algo que se trae un poco en la sangre. Y ahí están Góngora, Cervantes, Quevedo.

*–Borges decía que él dormía del lado de Cervantes y de Quevedo, que estaba más con Quevedo que con Góngora. ¿Y usted?*

–Yo no sé de qué lado duermo, tampoco estoy muy seguro quién está a mi derecha o a mi izquierda cuando duermo; tampoco podría decidir definitivamente que me gusta más Quevedo que Góngora, porque hay cosas de Quevedo que me gustan mucho y otras no tanto, y lo mismo podría decir de Góngora. No me veo en la necesidad de elegir.

*–¿Qué opina usted sobre la tensión que existe actualmente entre lo que se ha dado en llamar cultura de masas y alta cultura?*

–Bueno, qué quiere que le diga. Yo he contribuido, no a la cultura de masas, pero cuanto menos a la difusión de la cultura y a la difusión de algunas ideas a través del periodismo. Yo no creo que el periodismo sea una

obligación para ningún escritor, pero algunos lo hemos asumido con cierta responsabilidad y cierto disfrute. Yo seguiré acudiendo al periodismo de vez en cuando. En cuanto a la cultura de masas, ahora también alimenta a la propia literatura. Qué va a pasar ahí, no lo sé.

–*Acaban de salir por la editorial Fondo de Cultura Económica los primeros tomos de su obra completa. ¿Cómo se siente alguien a quien le publican en vida la obra completa?*

–Bueno, se han difundido como obras completas, pero se llaman *Obras*, precisamente porque uno no está completo todavía y puede escribir más. Y, de hecho, falta un tercer tomo de ensayo y periodismo que aparecerá en unos meses. Además, también hay material para un cuarto tomo, que lo tendré listo en dos o tres años. Entonces, no son completas, pero mi obra de mayor peso ahí está, en esos tomos que han salido ya y en los otros dos que vendrán. No tengo una sensación especial, porque son los mismos libros que ya había publicado, nada más que ahora están pegados, van juntos.

–*¿Trabaja en otros proyectos?*

–Quiero terminar una serie de ensayos sobre *El Quijote* de siete conferencias que di. Creo que tengo material para desarrollar tres ensayos más con el objeto de reunirlos todos en un libro. También estoy escribiendo algo de poesía.

–*¿Ha vuelto a los orígenes?*

–Sí. Publiqué, aparte de esos nueve *Sonetos de lo Diario* (de esto hace unos cuatro o cinco años), un libro que se llama *Sonetos del Amor y de lo Diario*, porque a esos nueve iniciales agregué unos treinta más, algunos eróticos, casi todos amorosos. También tengo la obra de teatro *La muerte se va a Granada*, sobre el asesinato de Federico García Lorca, que publicó en una muy bella edición Alfaguara y que se llevó a escena en México y que aquí, en España, no ha tenido trascendencia, quizá porque se perdió en ese *mare magnum*, en esa avalancha de obras y publicaciones sobre Lorca que hubo en 1998, cuando se celebró el centenario de su nacimiento.

–*Ha practicado varios géneros, yo diría que casi todos. ¿Cuál es su preferido?*

–En realidad, me encuentro muy a gusto en el ensayo, en ese tercer tomo de mis *Obras* van a salir doscientos cincuenta artículos, entre otras cosas, que yo escribí para un periódico mexicano desde Londres, que constituyen en su mayor parte ensayos breves, de cuatro o cinco cuartillas, pero son ensayos. Tanto es así que, al releerlos, los he encontrado vigentes, porque no eran reseñas lo que yo hacía, sino pequeños ensayos sobre diversas cosas que sucedían en Londres, lo mismo la publicación de una biografía y estudio sobre Bram Stoker, el autor de *Drácula*, como sobre una exposición o retrospectiva de Magritte. Y ahora, como le decía, con los ensayos sobre *El Quijote*, me siento muy cómodo. También he escrito unos textos sobre el futurismo italiano, un movimiento que me interesa muchísimo. Entonces, cuando estoy en el ensayo, me siento muy bien ahí y muy bien cuando escribo poesía, y así con cada género. Son diversas aguas, pero siempre estoy navegando en una o en otra muy a gusto.

–*Usted vivió algunos años en Londres, donde colaboraba con la BBC, ¿verdad?*

–Sí, un servicio latinoamericano.

–*¿Cómo fueron los años que vivió en París?*

–Fueron un poco años de disipación, de descanso, pero también de mucho trabajo. Yo me cambié de la BBC a Radio Francia Internacional. De ahí, después, me llamaron a la embajada de México para que fuera consejero cultural en París, y yo acepté. Luego, fui cónsul general.

–*En México, una cantidad considerable de escritores (Fuentes, Paz, por ejemplo) han tenido cargos diplomáticos, cosa que no ocurre en otros países latinoamericanos, al menos, con tanta frecuencia. ¿Cómo se concilian ambas actividades?*

–En realidad, no es que se concilien, son dos cosas diferentes que hay que hacerlas a distintas horas, incluso en distintos años. Hace muy poco que yo he podido reunir varios ingresos procedentes de la literatura y, a veces, indirectos. Quiero decir: siempre he tenido que trabajar, primero en agencias de publicidad, después en la BBC, etc., etc. Aunque no congeniaran con la escritura, debía realizar otros trabajos para poder vivir.

–*¿Qué es lo mejor que le ha dado su actividad creativa?*

–Eso es muy difícil de decir. Me ha dado muchas satisfacciones. Algunas, inmediatas, a pesar del miedo con el que siempre se escribe cuando se está creando algo. Otras, posteriores, cuando uno se relee mientras está escribiendo una obra. Pero lo mejor de todo es llegar a los lectores, conocer lectores que te han leído o saber que existen otros que te disfrutaban, aunque uno no los conozca. Y, muy especialmente, llegar a los lectores jóvenes. Para mí, como para muchos otros autores, esto es lo más importante.

*Entrevista celebrada el 2 de octubre de 2001 en Madrid, cuando el autor visitó esta ciudad para presentar los dos primeros tomos de su obra reunida bajo el título de Obras.*